

paredes se vestían de limpio, después de sacudidas las vigas, merced á cuatro trabajadores, dos de los cuales iban desgarrando el viejo papel, mientras los otros pegaban cuidadosamente el nuevo de fondo blanco y labor azul.

—¿Qué es esto? pregunté á Carrasco que miraba atentamente la marcha del trabajo.

—Que mejora todo, me contestó con alegría. Luego que venga Pepe subiremos á ver á Don Pablo, que tiene que hablar con nosotros. No sé de qué se trata; pero no hay que temer; ya sé que el periódico continúa, con sólo una suspensión de dos ó tres días.

No tardó Pepe en asomar, y después de que Carrasco le repitió las mismas palabras, subimos al escritorio de Albar.

El cuarto, por su mueblaje y adornos, demostraba que Don Pablo, en su larga carrera de periodista, no había perdido el tiempo; y que su escuela, si no inventada, perfeccionada por él, era la de principios más prácticos y positivos. El escritorio, en efecto, ostentaba bastante lujo y elegancia. Cubrían las paredes altos estantes repletos de libros;

XI.

"El Cuarto Poder."

AL día siguiente, después de una noche de insomnio, empleada en repasar la ridícula escena de la tarde y alimentar mi doloroso despecho, fuíme á la redacción, abatido y enconado, añadiendo á mis negros pensamientos el de que quizá al llegar me anunciaría el director que nada teníamos ya que hacer en su casa.

Al entrar quedé sorprendido. La ancha mesa estaba cubierta con trapos, las sillas amontonadas sobre ella; el viejo estanté, separado de la pared, se hallaba en manos de un carpintero que á fuerza de clavos procuraba enderezar los anaqueles; en tanto las

la mesa era de fina madera con incrustaciones y entalladuras que hacían de ella una obra de arte; el sofá y los acojinados sillones estaban cubiertos de piel costosa, y en cada rincón, en cada sitio en que podía ponerse algo, había un grupo de mármol ó un busto de bronce; todo recargado, revuelto, apilado, pero representando riqueza, holgura en el gastar.

Cuando entramos, Albar hablaba con un hombre de unos cincuenta años, de patillas canas y anteojos con varillas de oro, rechoncho y antipático. Ambos se pusieron en pie, y después que Don Pablo nos designó por nuestros nombres, nos dijo, señalando cortesmente al otro:

—El Sr. Don Javier Escorroza, escritor público muy distinguido y reputado.

Nos sentamos. El nombre de Escorroza no me era enteramente desconocido. Traté de recordar, y en efecto, me vino á la memoria que había yo visto ese nombre, calzando artículos subidos de punto, en un periódico ultramontano de exajerados principios.

Albar tomó la palabra. Las cosas (esas cosas que siempre andan á vueltas), tomaban rumbos torcidos en manos de los hombres del poder, que de algún tiempo á aquella parte, desconociendo los verdaderos intereses de la Nación, ó yendo contra ellos á sabiendas, desatinaban en todo, en términos de no ser posible continuar sosteniéndolos, si habíamos de conservar íntegro nuestro nombre de escritores verdaderamente liberales.....etcétera. En una palabra: el Gobierno era malo y aun peor.

Escorroza oía y aprobaba. Los anteojos, de varillas demasiado largas, resbalaban sobre la aplastada nariz hasta llegar cerca de la punta; la mano inquieta del escritor los llevaba inmediatamente á su lugar; pero en un instante resbalaban otra vez, manteniendo al vejete en un movimiento constante, que en él era ya costumbre, ó si sufre decirse, vicio. Mientras Albar hablaba, Escorroza nos miraba con altanera superioridad, completando frecuentemente las frases del periodista por una impertinente precipitación, debida sin duda á su insoportable sistema nervioso.

—No hay duda, continuó Albar; la inmoralidad.....

—Cunde, dijo Escorroza; cunde rápidamente.

—Cunde, repitió el Jefe. No tenemos por qué continuar en el camino que adoptamos cuando la *Administración* seguía los verdaderos principios liberales y democráticos. Por el contrario, nuestro deber es colocarnos frente á los hombres del Gobierno, con la ley en una mano y.....

Ni Albar ni Don Javier pudieron encontrar qué tomar en la otra, y hubo que violentar el discurso.

Coincidía con todo lo dicho una inconsecuencia del Gobierno que rompía los compromisos que él (Albar) tenía contraídos, y este suceso, que calificaba de feliz, le daba la más absoluta libertad para echar por el rumbo que quisiera. Por todas estas consideraciones, había determinado continuar la publicación del periódico, dándole un carácter de absoluta independencia, es decir, de oposición, puesto que no se podía ser independiente sin ser enemigo de un mal Go-

bierno. El diario iba á ser, de allí adelante, de grande interés; era preciso ampliar y mejorar la redacción, ser cuidadosos en lo que se publicara, ser valientes y ser enérgicos. Para todo lo cual, el notable escritor Don Javier Escorroza tomaría parte muy principal en la redacción, haciendo de jefe inmediato nuestro.

Cerca de media hora duraron los discursos y explicaciones, fundadas en el decoro, los principios, y mil otras bases fundamentales que trajo á cuento Albar en sazón oportuna. Y no era preciso tanto para exaltar mi ánimo, de suyo vehemente y por entonces predispuesto á todo lo que fuera romper lanzas con todo el mundo. Tomé la palabra, con pasmo de Escorroza, que sin duda debió de juzgar aquello como atrevimiento de tonto; pero que no perdió ocasión para completar mis conceptos, con su inevitable impertinencia.

Aplaudí con entusiasmo la determinación de Albar, encomié sus propósitos, animé á mis compañeros y protesté, por mi parte, tomar empeño en la obra que á todos se nos encomendaba.

—Un escrúpulo, dijo Albar; un escrúpulo insignificante; pero que me inquieta, porque soy en asuntos de decoro muy escrupuloso, me ha hecho pensar cambiar el nombre al periódico. ¿Qué nombre le ocurre á vd., Escorroza?

El interrogado se levantó los anteojos y clavó la vista en el techo. Hubo un rato de silencio, y recordando yo ciertas palabras de Pepe, me atreví á decir:

—¿Le gustaría á vd. *El Cuarto Poder*?

—¡El Cuarto Poder! Oiga vd. Escorroza; me parece muy bueno el nombre.

Don Javier tenía puestos en mí los ojos, como asombrado de que yo hubiera discurredo tan peregrinamente; y me pareció que iba á desechar el título propuesto, cuando Albar dijo entusiasmado:

—No hablemos más. *El Cuarto Poder* se llamará. Para el jueves el primer número.

Salimos de allí, y dejando la redacción en manos de carpinteros y pintores, nos pusimos en la calle.

Sabás, arrebatado de alegría por el desenlace de la crisis que nos había puesto en pe-

ligro, nos revelaba desde luego los argumentos que se proponía beneficiar en los primeros números. Yo lo pensaba, aunque no lo dijera, ansioso de escribir ya, inquieto y agitado por la comezón que súbito renacía en mis entrañas.

Sólo Pepe, con aquella seriedad inmutable de máscara, parecía indiferente á todo.

—¿Y vd. qué piensa? le pregunté.

—Yo no pienso, me contestó; estoy convencido de que debemos continuar como hasta aquí, de simples obreros, si no hemos de confundirnos con el ilustre escritor Escorroza.

Y se despidió de nosotros.



XII.

Un botón.

MI traje nuevo, colgado de un clavo enseñaba aún las manchas de lodo, trayendo á mi memoria la escena del carruaje, la altivez orgullosa de Don Mateo, el lujo espléndido de Remedios y la carcajada en coro de los petimetres de la calle de San Francisco. Trabajo me costó resolverme á descolgarle, y someterme, aunque á solas, á la nueva humillación de limpiar aquellas manchas, que yo veía como la mayor afrenta.

Fuí á la puerta del cuarto de Jacinta y le pedí un cepillo; volví á mi cuarto con él, extendí pieza por pieza en mi cama, y encendida la cara de vergüenza y de ira, limpié cuan-

to pude, que no fué tanto que no quedaran señales opacas en donde antes estuvo el lodo.

Pues no era la suciedad lo más humillante para mí; había otra cosa que me abatía más aún, que determinaba más en mi alma el sentimiento de la derrota, la vergüenza, el despecho y el encono; y esta cosa era el lujo de Remedios.

No parecía sino que Don Mateo adivinaba por instinto la mejor manera de humillarme, Remedios con aquel vestido de seda, con diamantes y perlas en las orejas y en el pecho, sentada en los cojines nuevos de la carretela y arrastrada por dos caballos hermosos, estaba á una altura muy elevada para mí, había salido de la humilde esfera en que yo vivía, y hasta me parecía natural que me viera como pobrete despreciable, y que se riera al verme cubierto del lodo que ella misma me arrojaba á la cara. Puesto que las gentes ignoraban nuestra historia, tendrían por ridículo atrevimiento que yo pretendiera el amor de aquella mujer hermosa, rica y encumbrada, cuando yo apenas podía pagar un cuarto mezquino y un

8

alimento grosero. Mi impotencia aumentó mi encono, y por más que parecía tonto é injusto, cayó también sobre Remedios, culpable de ofenderme con sus diamantes, de no rechazarlos, de no despreciar el carruaje, de no andar pobre y á pie como andaba yo; yo, sí; yo que, pesárale á quien le pesara, le había dado un beso en la frente cierta noche en que iba sobre mi caballo, desmayada en mis brazos!.....

El periódico era, en cierto modo, un consuelo inexplicable para mí, grato y amargo á la vez. Las tendencias que habían de guiarme en lo sucesivo, despertaban en mi alma algo como un sentimiento, que nunca había hallado pávulo, y que le necesitaba con vehemente afán.

La mañana estaba calurosa y húmeda. Una lluvia ligera que había caído al amanecer, dejando al sol libre, sin nube que le estorbara, engañaba á las plantas con un remedo de primavera y una atmósfera caliente. Sonaba en el patio el chorro del surtidor sobre el fondo agotado de la fuentecilla; la cotorra gritaba, repitiendo las palabras que

le enseñaba su maestra; los chicos del Agente metían bulla en el corredorcillo, y de vez en cuando se oía la voz cascada de la portera, en agrias disputas con la criada de Ferrusca, que se empeñaba en lavar trapos sucios junto á la fuente.

Salí al corredor, y absorto en mis pensamientos, apoyé los brazos sobre la barandilla. La de Torrubio había sacado al patio un asiento bajo, extendido una estera á sus pies, puesto á su lado una canasta llena de lienzos, y tarareando una cancioncilla amorosa, cosía, reformando por vigésima vez su traje de gro negro. Torrubio había salido con el Agente para asistir á un embargo; el sobrino despachaba á los parroquianos en la panadería, y Ferrusca asomaba con frecuencia por la puerta de su habitación para repartir sus miradas, poniéndolas un rato en la venta y otro en la gorda Torrubio. Ella seguía tarareando su cancioncilla, con la voz fuerte de que alardeaba, aunque era bien desapacible.

Por primera vez quizá, fijé mi atención en el rollizo cuerpo de aquella mujer, que

se hinchaba cada vez que aspiraba aire para seguir cantando. La miraba yo atentamente, como si algo desconocido hasta entonces me revelara su falsa frescura de jamona, cuando Jacinta, que se entretenía en podar un rosal raquíptico colocado en una maceta, tosió, advirtiéndome que estaba presente.

Sentíme avergonzado, como si me hubiera sorprendido en una mala acción, y obedeciendo al primer impulso, entré en mi cuarto, como si quisiera ocultarme. Pero no bien estuve en él, sentí mayor vergüenza por haber huído, dando lugar á que Jacinta se imaginara quien sabe qué enredo; busqué la manera natural de volver al corredor y hablar con ella cualquier cosa, y fraguando un pretexto salí, dirigiéndome á la maceta del rosal.

—Jacinta, le dije ¿me hiciera vd. favor de darme una aguja con hilo?

—Con mucho gusto, me contestó con tono afectuoso que me llamó la atención

Entró en su cuarto y volvió á poco con la aguja entre los dedos.

—¿Va Vd. á coser? me preguntó burlo-namente.

—No..... es decir, es un botón de la ca-misa.

—¿La que tiene Vd. puesta?

—No; otra que voy á ponerme.

—Pues lo pegaré yo; démela Vd. un mo-mento.

—Se va Vd. á molestar.

—¡Qué molestar!

Y como me dirigiera yo á mi cuarto, ella me siguió tan de cerca, que pienso que me vió cuando arranqué el botón á una camisa que los tenía completos. No había yo con-tado con su amabilidad.

Dió un paso hacia adentro, y hubo un instante de perplejidad, porque no quiso sin duda sentarse, ni se determinó á llevarse la camisa á su cuarto.

—Deténgala Vd., me dijo.

Lo hice con ambas manos á la altura de su pecho, prendió ella la aguja en la tela, pasó el botón, é inclinándose un poco co-menzó la tarea. Su aliento bañó mi muñeca izquierda, corrió por dentro del puño de la camisa y rozándome el brazo me hizo estre-mecer con súbito escalofrío. Sucedió por se-

gunda vez, luego por la tercera, y cada onda de aire lanzada por ella me producía un breve sacudimiento y aumentaba el temblor de mis manos.

—Estése Vd. quieto, que me puedo pinchar, me dijo.

Y levantando un poco más la cabeza, que adelantó también para ver mejor, respiró con mayor fuerza, echándome todo un golpe de su aliento dentro de la manga. Me sacudí con mayor fuerza. Ella había concluido, y al cortar con los dientes el hilo, cerca del botón, puso una de sus mejillas sobre mi mano, y debajo de mis ojos su nuca, morena y redonda.

Cuando levantó su cabeza y quiso clavar en los míos sus ojos atrevidos y desfachados, halló en mis pupilas tal expresión, que tuvo que apartarlos turbada y enrojecida.

Los pasos de Doña Serafina que salía de su cuarto, hicieron abandonar el mío á Jacinta; pero la litigante estaba ya frente á mi puerta, y la Barbadillo precipitó una de esas explicaciones que acusan, y dijo al retirarse:

—¡Este Juan que no sabe pegar un botón!

Y enseñó la aguja.

Doña Serafina la miró con aire de maliciosa seriedad, deteniéndose junto á la puerta; yo salí al corredor, por hacer algo, buscando en el movimiento el disimulo; y como tenía yo la cara encendida, no me ocurrió hablar de otra cosa.

—¡Hace un calor atroz, dije.

La Gomera me miró un instante, y antes de seguir su camino, me dijo, dulcificando el tono de su voz chillona.

—Cuando se le despeguen los botones á las camisas, llámeme Vd. á mí, que estoy muy cerca, y tendré mucho gusto en servirle.

Le dí las gracias brevemente, para que entendiera que no quería yo conversación. Las frases largas me cortaban el aliento.